



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Ensayo académico

*“La subjetividad hipermoderna y su expresión narrativa en la
Clínica psicoanalítica”*

Estudiante: Lucía Juliani Gerla

C.I: 5.381.814-5

Tutora: Prof. Agr. Dra. Clara Elizabeth Weisz Kohn

Revisora: Prof. Adj. Virginia Masse Fagúndez

Índice

Introducción.....	2
1. Procesos de subjetivación contemporáneos.....	5
2. La hipermodernidad, sus principales características y los individuos que la integran.....	6
2.2 El nuevo “carpe diem”: El presente vivido desde el miedo.....	9
2.3 El agotamiento psíquico en la sociedad del rendimiento.....	12
2.4 La sociedad positiva: Repetición sin creación.....	14
2.5 La sociedad del dopaje: La invisibilización del dolor psíquico.....	16
2.6 Paliar el dolor para no sentir.....	18
2.7 <i>Lo no enunciado</i>	21
3. Repercusiones en la clínica del sufrimiento psíquico dentro del contexto hipermoderno.....	23
4. Aportes a la reflexión de la articulación entre el contexto sociohistórico y la práctica clínica psicoanalítica.....	25
Referencias bibliográficas.....	29

Introducción

El presente ensayo académico propone un análisis sobre las formas de subjetividad hipermodernas que surgen en el ámbito socio-histórico-cultural contemporáneo y la forma en que éstas se expresan discursivamente en la clínica psicológica. Para lograr dicho objetivo se tomarán como insumo relatos de consultantes pertenecientes a diferentes entrevistas de recepción en el marco de la Práctica del Ciclo Integral, realizada en la policlínica psicológica de la Facultad de Psicología en el Hospital de Clínicas en el año 2021. Estos ejemplos permiten visibilizar ciertas tensiones entre el momento socio-histórico y la construcción de subjetividad.

Para comprender dicho interjuego entre los aspectos micro, como pueden ser las narrativas de las experiencias singulares de los sujetos, el nivel meso correspondiente al ámbito institucional del Hospital de Clínicas como servicio público de salud, y aquellos niveles macro como el contexto social y colectivo en que fluyen dichas representaciones, se toma a modo de insumo la perspectiva que propone la Sociología Clínica para analizar fenómenos complejos.

En palabras de Gaulejac (2018) la Sociología Clínica tiene como propósito intentar mostrar

[...] los elementos subjetivos que reflejan la encarnación de los fenómenos sociales.

Busca tomar en cuenta la especificidad humana y la presencia, irrecusable e irreductible, de la subjetividad, así como las dimensiones individuales, personales, psíquicas, afectivas y existenciales en las relaciones sociales. (p. 254-255)

Entreteje los hilos de la psique y lo social que están inherentemente conectados, para comprender la manera en que las transformaciones y las relaciones sociales intervienen en las formas de subjetivación, entendiendo que las mismas se constituyen como agente activo que tiene el poder de contribuir a la producción social de la cual también es producto (Gaulejac, 2018). Dicha articulación entre las transformaciones, las relaciones sociales y las formas de subjetivación, posee como objetivo contribuir con la emancipación del sujeto, para que sea capaz de reflexionar y expresar el sentido de su accionar en las complejas dimensiones anteriormente mencionadas por Gaulejac (2018), acompañando el cambio.

En el primer capítulo se exponen algunas características de los procesos de subjetivación contemporáneos, entendiendo que no hay texto sin contexto, y por tanto, las narrativas que los sujetos traen a las entrevistas de recepción en ámbitos institucionales cotidianamente, tanto como la subjetividad que las atraviesan, pueden comprenderse únicamente dentro del marco socio-histórico-cultural que habitamos en la actualidad.

Se utiliza el concepto de subjetividad acuñado por González Rey, Mitjans y Bezerra (2016), entendiéndose como un proceso activo, productor de los sentidos subjetivos que se dan en dichos contextos. Se trata de una unidad conformada por los procesos simbólicos y emocionales que se desarrolla como una nueva producción en el curso de la experiencia social de los sujetos. Parece relevante focalizar en la importancia que tienen los discursos en el ámbito de la salud, en este caso dentro de la Psicología, en tanto producen y reproducen cierta realidad y se propician como formas de ser y estar en el mundo.

El segundo capítulo explica el contexto socio-histórico-cultural actual, que según Lipovetsky (2006) corresponde a una hipermodernidad, enmarcada en una sociedad liberal, caracterizada por la liquidez, la fluidez y una exacerbación de valores modernos, acompañado por la emergencia de un hiper narcisismo. Se produce un surgimiento de un individuo, adaptable, flexible, pero al mismo tiempo atemorizado, tomado por la inseguridad e inestabilidad de los tiempos acelerados y constantemente insatisfecho ante la infinita oferta de deseos que ofrece el mercado y las pocas posibilidades de conseguirlos. Byung-chul Han (2012), expresa que la sociedad del siglo XXI es una sociedad del rendimiento, caracterizada desde la positividad del “poder”, en oposición a la negatividad de la “prohibición” que regía la sociedad disciplinaria. Esta tiene la capacidad de promover la producción a través de una presión por el rendimiento. El sujeto está sometido a sí mismo, paradójicamente se produce una autoexplotación en un mundo que parece ofrecer cada vez más libertades y donde el sujeto es “dueño de sí mismo”.

Dicho capítulo se estructura mediante títulos y subtítulos que reflejan aspectos relevantes del contexto hipermoderno, seguido por fragmentos de narrativas surgidas en las entrevistas de recepción que ejemplifican concretamente dichos aspectos. Cada caso es analizado y fundamentado a la luz de las características principales del momento socio-histórico y su articulación con la construcción de subjetividad. De igual manera, hacia el final se reserva un espacio para aquellos aspectos que representan una igual importancia para el contexto hipermoderno, pero que no fueron enunciados a través de narrativas concretas mencionadas por sujetos particulares en el marco de la práctica de entrevista de recepción.

El tercer capítulo realiza una síntesis donde se articula y reflexiona sobre los diversos aspectos presentados a lo largo del ensayo, resultando convocante pensar críticamente sobre las repercusiones que tiene el tiempo hipermoderno en el padecimiento psíquico y en la construcción de subjetividad. Al igual que las diferentes formas de expresión dentro de la clínica psicoanalítica.

En el cuarto y último capítulo se plantean aportes y reflexiones sobre cómo la clínica psicoanalítica se ve interpelada ante la demanda de los sujetos sujetados por el contexto actual que toma cuerpo en sus relatos. Es entonces que en tiempos de complejidad, siguiendo a Tabó (2007), debemos analizar el uso de nuestras herramientas teóricas, metodológicas y sus enfoques, lo que implica una crítica y ruptura con lo viejo para poder reflexionar y resignificar desde la novedad contextual el Psicoanálisis situado en un momento socio-histórico determinado.

1. Procesos de subjetivación contemporáneos

Somos sujetos de una cultura particular y de un tiempo socio-histórico determinado que inherentemente participa en la construcción de nuestra subjetividad. Nos desarrollamos dentro de esa cultura e inevitablemente somos sensibles a los movimientos que sufre la misma (Galende, 2013). Dicho autor nos plantea que “en los últimos cuarenta años la humanidad ha hecho un cambio equivalente a los últimos cuatro mil años de vida sobre el mundo” (Galende, 2013, p. 1). La furiosa velocidad con la que se producen estos movimientos, nos obliga a los sujetos a asimilar y adaptarnos a las profundas modificaciones que impactan en las relaciones, en los vínculos familiares, de pareja, amistades, autoridades, trabajo, etc. De esta forma, las bases estructurales que marcan en cada época los sistemas de valores, significación, morales y éticos, se ven afectados por los cambios de temporalidad en la cultura.

Actualmente podemos decir que existen transformaciones significativas por ejemplo en la relación autoridad-poder, en la estructura de patrón-empleado, en las jerarquías etéreas, en la forma en que el Estado va cediendo muchas de sus funciones originales a otros órdenes sociales, e incluso en la construcción del concepto mismo de sujeto (de productor a consumidor). Además de la inquietante disgregación del vínculo social y la individualización de la acción.

Siguiendo la línea de las transformaciones significativas de la época, resulta relevante para el presente ensayo, mencionar la relación entre la salud-enfermedad y las diversas construcciones conceptuales y discursivas que existen en torno a este proceso activo.

Tanto los términos de salud como de enfermedad se encuentran en constantes luchas sociales, políticas y económicas, siendo un constructo social dependiente de su contexto histórico-cultural. Como demuestra Foucault (1976, 2007), se crean discursos, ideas, relaciones, juicios e institucionalizaciones que funcionan como disciplinadores de los cuerpos.

Se destaca por tanto, la relevancia que tiene reflexionar críticamente sobre el aspecto político de los procesos de salud-enfermedad, en tanto se encuentra dentro de una red compleja de factores multicausales y está influenciado tanto por características propias del individuo, como por la sociedad a la que pertenece. Actualmente el estilo de vida y la salud, se configuran en las relaciones humanas en un contexto social que influye en la concepción y en la experiencia de la salud-enfermedad humana, especialmente en un mundo complejo e interconectado entre sí, hipertextualizado e hiper influenciado por los medios de

comunicación que contribuyen a la medicalización y patologización de la vida cotidiana de los sujetos como forma de regularización de los cuerpos y de las poblaciones.

2. La hipermodernidad, sus principales características y los individuos que la integran

Como se viene adelantando en el presente ensayo, nos encontramos transitando un tiempo socio-histórico-cultural caracterizado como hipermoderno según Lipovetsky (2006). La hipermodernidad alude a una sociedad liberal donde predomina la fluidez, el movimiento y la flexibilidad. Se entiende como un proceso de exacerbación e hiper aceleración del tiempo moderno. Bauman (2004) asocia la fluidez con la liquidez, por lo que se referirá metafóricamente a esta era contemporánea como “sociedad líquida”, contraponiéndose a lo “sólido” del tiempo moderno; con su disciplina y sus valores e instituciones duraderas, confiables y rígidas, capaces de predecir y controlar el mundo.

Esta era de lo “hiper” trae consigo dos conceptos aggiornados como son el hiperconsumo e hipernarcisismo.

El primer término se caracteriza por el consumo exacerbado con fines individuales, hedonistas y de satisfacción o goce privado. El lujo se considera no sólo una forma de distinción social, sino también como una vivencia emocional psicologizada, productora de sentimientos supuestamente duraderos en un mundo caracterizado por su fugacidad. Mientras que, en el hipernarcisismo nace un Narciso maduro, responsable, eficaz y adaptable, rompiendo con los esquemas modernos del Narciso buscador de placeres y libertades. Estas particularidades del “nuevo Narciso” son muestras de la característica paradójica de la hipermodernidad;

¿Narciso maduro? Pero si no deja de invadir los dominios de la infancia y la adolescencia como si se negara a asumir la edad adulta que es la suya. ¿Narciso responsable? ¿Se puede pensar así realmente cuando se multiplican las conductas irresponsables, cuando las declaraciones de intenciones ya no tienen efecto? [...]

¿Narciso eficaz? Es posible, pero al precio de tener problemas psicosomáticos con frecuencia creciente, de sufrir depresiones típicas y de acabar quemado. [...]

¿Narciso adaptable? Pero si es la crispación lo que lo caracteriza a nivel social

cuando llega el momento de renunciar a ciertas ventajas adquiridas. (Lipovetsky, 2006, p. 28)

El autor refiere a que los individuos de la hipermodernidad presentan características paradójales en un mundo donde ha cambiado radicalmente tanto el clima social, como la relación con el presente. Menciona que el miedo se ha impuesto al goce y la angustia a la liberación, donde el terror es lo que guía la incertidumbre del porvenir.

Todos los dominios se presentan en formas intensificadas, desmesuradas. El hiperrealismo lo demuestra a través de la transparencia total que desnuda nuestro mundo y nuestros cuerpos. Hay obligación de moverse, y rápido, con los ojos puestos en la eficacia y en la supervivencia. Siguiendo a Lipovetsky (2006), la temporalidad dominante es el presente. La esperanza del futuro y la acción colectiva se sustituyen por el deseo insaciable de la satisfacción inmediata, el consumo se presenta como “promesa de un presente eufórico” (Lipovetsky, 2006, p. 64).

El individuo de la hipermodernidad es tanto más autónomo como más frágil que nunca, en tanto la libertad y la calidad y esperanza de vida que parecen ir en aumento, no son más que supuestos en esta sociedad contemporánea (Lipovetsky, 2006).

Dicho autor afirma que la normatividad ya no se impone mediante la disciplina y la prohibición, sino mediante la supuesta libertad de elección y la autonomía. Así la era hipermoderna debe ser abordada desde su esencia paradójica, favoreciendo la autonomía y el aumento de dependencia al mismo tiempo. “Ante la desestructuración de los controles sociales, los individuos, en el contexto postdisciplinario, pueden elegir entre aceptarlo y no aceptarlo, entre dominarse y desmandarse” (Lipovetsky, 2006, p. 22). Sin embargo, frente a la falta de coacción externa, aparecen conductas individuales “responsables”, como la autovigilancia, la autoexplotación, etc.

La caída de las grandes instituciones socializadoras, de los valores colectivos y de las figuras de autoridad, provocan la emergencia de un nuevo paradigma reinado por el avasallamiento de la privacidad en los diferentes ámbitos de la vida. Dicho “desligamiento” de lo tradicionalista, no es vivido en términos de disfrute emancipatorio, sino que surge el miedo y la incertidumbre por el futuro. Ehrenberg (2000) añade que “el dominio sobre sí mismo, la agilidad psíquica y afectiva, la capacidad de atención, hacen que cada uno deba tolerar la carga de adaptarse permanentemente a un mundo que pierde, precisamente su permanencia” (p. 223). Da la impresión de que cada sujeto dentro de las transformaciones

institucionales que ocurren, debe asumir la tarea de elegir y decidir todo. Esta aparente libertad habilita sin embargo el temor a la caída social y la desconfianza al cambio.

Lipovetsky (2006) plantea el ejemplo de la forma en que se expresa la obsesión por uno mismo: en vez de presentar una fiebre del goce, el sujeto presenta un terror a la enfermedad y a la muerte, lo que ocasiona una medicalización de la vida cotidiana. Siguiendo las ideas previamente expresadas sobre Lipovetsky (2006), Narciso está menos enamorado de sí mismo y ocupado por obtener placer, pero sí más aterrado por su existencia y por el entorno social inestable que lo rodea. El hiperconsumo y la hipermodernidad parecen sepultar las grandes estructuras tradicionales de sentido (Lipovetsky, 2006), así en estos sistemas de representación colectiva se esfuma todo encanto de lucha colectiva para darle paso a la sacralización del bienestar personal.

Según Gaulejac (2019), las fronteras a las que estábamos acostumbrados y nos permitían diferenciar el trabajo del capital, se van desfigurando. En el capitalismo industrial, la diferenciación era clara; por un lado estaban los patrones dueños de los medios de producción y por otro lado los obreros que eran explotados “conscientemente”. Estos últimos debían luchar contra la explotación siendo solidarios y colectivos, desarrollando la lucha de clases. Esto le daba sentido a la lucha y a la búsqueda de crear una sociedad más justa. Ehrenberg (2000) añade que “en la empresa, los modelos disciplinarios de gestión de los recursos humanos (taylorismo y fordismo) retroceden ante el avance de normas de gestión que incitan al personal a comportamientos autónomos y reducir las jerarquías” (p. 221). La regulación y dominio de las formas de trabajo actuales no se dirigen tanto por la obediencia mecánica como por la iniciativa, la flexibilidad, la motivación y la capacidad de evolucionar y crear nuevos proyectos que tenga este nuevo “empresario” en un mundo cada vez menos estático.

La individualización de la acción conlleva a la sensación de que no hay actividad humana posible de transformar la realidad que habitamos, disgregándose poco a poco el vínculo y las formas de organización social. Al decir de Bauman (2004), esta fragilidad y vulnerabilidad de los vínculos y redes humanas son funcionales a nuevas técnicas de poder, en donde el mundo debe estar libre de trabas, barreras y nexos sociales que impidan la constante fluidez que caracteriza y da fuerza a dichos poderes globales.

Han (2010) hace referencia a la importancia que tiene la pérdida de creencias, y narratividad del mundo afectando a la realidad misma, resultando en una experiencia de vida efímera y desnuda. Surge entonces la necesidad de replantearse la socialización en el contexto hipermoderno, cuando los discursos ideológicos parecen perder sentido y la

desintegración de lo social se torna cada vez más evidente en la era de la desesperanza y el desencanto (Lipovetsky, 2006).

La hipermodernidad trae consigo la reorganización de las esferas sociales e individuales en función de las lógicas del consumo. La vida ha sido tomada por las leyes del mercado que ubica al sujeto como objeto consumidor, soportado por la intrusión de los medios de comunicación en los modos de comportamiento, gustos, lenguaje, moda y relacionamiento. El papel formador de dichos medios en la vida cotidiana es innegable, al igual que también lo es el papel desinformativo que tienen los mismos, fomentando los contenidos consumistas, seductores y acelerados que no dan lugar a la reflexión. A partir de esto, se generan conductas de exhibición de aspectos de la vida que antes solían ser privados, dichos procesos provocan la construcción de recursos psíquicos inestables, sujetos a cambios muy rápidos. Así la exhibición se hace incluso una condición de existencia: hay que mostrarse para existir. Esta premisa es planteada por Han (2012) en su libro *La sociedad de la transparencia*, donde añade que el valor de las cosas radica en su visibilidad, incluso la de los propios sujetos que se convierten en objetos de su propia publicidad mediante las redes sociales. El cuerpo se cosifica, “hay que exponerlo y con ello explotarlo. Exposición es explotación” (Han, 2012, p. 30). La visibilidad obligada es una forma de violencia que conlleva a la formación de una sociedad pornográfica, desnuda, que reduce su complejidad con el fin de acelerar el proceso de comunicación y de explotación mercantil. Esta hipervisibilidad aniquila cualquier forma de demora, de contemplación, además de guiarse por el principio de positividad que rechaza lo oculto y lo misterioso que es aquello que conlleva al placer y a la fantasía.

De esta forma podemos pensar que si el narcisismo está sostenido por ideales, objetos, e imágenes que varían con una enorme vertiginosidad, la posibilidad de quiebre se torna inminente y crónica, el mundo interno se fragiliza ante a los cambios veloces del mundo externo. Se visualiza una problemática en tanto, las ligaduras necesarias para la formación de objetos sólidos y estables, así como la construcción de las representaciones, se tornan cada vez más frágiles.

2.2 El nuevo “carpe diem”: El presente vivido desde el miedo.

Reflexionando sobre los roles que han cumplido el tiempo pasado, presente y futuro en la historia de la humanidad, y siguiendo a Lipovetsky (2006), desde la antigüedad se pensaba al pasado como el poseedor de todas las virtudes y al futuro como portador de toda decadencia o degradación. Dicha visión tiene relación inherente con el planteamiento

religioso desde la perspectiva apocalíptica; la Caída del comienzo y el Juicio de las postrimerías (muerte, juicio, infierno y gloria), eran los ejes que iluminaban un presente meramente transitorio y prescindible (Lipovetsky, 2006).

La modernidad presenta una ruptura con lo anteriormente mencionado, no sólo porque el presente toma su lugar en las preocupaciones de la época, sino también porque no será el pasado sino el futuro aquel que traerá la felicidad, autonomía y el fin del sufrimiento. En la filosofía de las Luces y del cientificismo del siglo XIX, el futuro comienza a ser lo opuesto a la decadencia antigua, donde las conquistas de la ciencia aseguraban un progreso infinito, reinando la razón en el mundo, fuente de la esperada paz, equidad y justicia. Sin embargo, luego de las catástrofes del siglo XX, tanto la razón como el tiempo futuro pierden su concepción positiva. Por tanto quedamos asentados en una era de desacreditación del pasado y del futuro, siendo el presente la referencia esencial de los individuos y de las sociedades contemporáneas hipermodernas.

Sin embargo, pensar que la relación temporal con la época es tan simple y lineal no sería lo más adecuado en un mundo como el de hoy.

Lipovetsky (2006) menciona que el “vive el momento” que propone la frase “carpe diem”, ya no significa el disfrute de la libertad de vivir una vida propia como se imaginaba en la modernidad, sino que se muestra de forma impositiva el efecto que tiene la inestabilidad del mercado laboral en la cotidianidad de los sujetos. Tampoco trae consigo la cultura despreocupada, sino por el contrario, una sociedad cada vez más planificada, prevenida, vigilada y controlada con el objetivo de prolongar la vida y la salud. Lo que acompaña el “carpe diem” es la presión de un presente vivido con angustia, preocupación y atormentado por las enfermedades y catástrofes de la época.

“La sociedad hipermoderna se presenta como una sociedad en la que el tiempo se vive de manera creciente como una preocupación fundamental, en la que se ejerce y se generaliza una presión temporal en aumento” (Lipovetsky, 2006, p. 79).

La preocupación, inseguridad y miedo que sienten los individuos hipermodernos tienen estrecha relación con las condiciones socio-económicas de nuestro entorno. Existe una visible precarización del trabajo, una inseguridad profesional y material y cierta desvalorización de los estudios terciarios. Da la impresión de que no existe un proyecto positivo de futuro, en tanto los jóvenes ven como los adultos están aterrorizados por la inestabilidad laboral, en la que cada sujeto parece estar a un paso de la degradación social.

-Con (Caso 48): “Yo le planteé (al endocrinólogo) que estoy con mucha ansiedad y como, como, como, como. También lo veo por el lado de que como justamente la situación que se está dando, que a veces no tenemos ventas y nosotros vivimos de eso, del día a día.”

-Con (Caso 50): “No soy compatible con nada ni con la vida. Me siento perdida, estoy sin un peso. Necesito terminar la carrera, no la puedo disfrutar.”

Esta forma de vivencia sobre el presente se visibiliza como opresión a los sujetos, una forma de sujeción que paraliza, desequilibra e impide el disfrute. Desde la niñez hasta la vejez, se ejerce una organización del tiempo que aparenta escasear para todos. Todo debe realizarse en el menor tiempo posible de la forma más eficaz y con resultados a corto plazo; la urgencia y la acción inmediata reinan en la hipermodernidad. Los sujetos sufren a nivel corporal los efectos del estrés permanente, como en el caso de la consultante del Caso 48 que manifiesta alimentarse en exceso, correspondiente al exceso de exigencia a la que está sometida y a la ansiedad constante en la que vive.

Araújo (2013) expresa que

el miedo se torna líquido, inaprensible, invadiendo la esfera del trabajo y de los vínculos. El miedo a la pérdida y a la des-inserción social, el miedo a la soledad afectiva, corporal pautan nuestras vidas cotidianas. La inseguridad y ese miedo a la pérdida y al fracaso generan vulnerabilidad y desasosiego, que a su vez son productores de ansiedad y angustia. (p.27)

Esta vulnerabilidad psicológica a la que se hace alusión no solamente es impulsada por la presión social del rendimiento (Han, 2010), sino también por la creciente hiper individualización que conspira en contra de los mecanismos naturales de contención emocional a través de la organización colectiva estructuradora de proyectos sociales que enmarcan al sujeto. Así esta desestabilización y debilitación del entorno y específicamente de las organizaciones, se manifiesta en una debilitación propia que le quita poder de resistencia a este sujeto desprotegido por la creciente individualización.

Siguiendo esta línea, Enriquez (2022) destaca la importancia de la dimensión imaginaria de las organizaciones en su forma ilusoria, asegurándoles de alguna forma la capacidad a los sujetos, los protege del riesgo de quiebre de su identidad y de la angustia de fragmentación presente en toda vida comunitaria.

Se expresa, así, como una organización-institución divina, todopoderosa, único referente; negando el tiempo y la muerte. Por una parte, se presenta como madre englobante y devoradora y, al mismo tiempo, como madre condescendiente y nutricia; y, por otro lado, como progenitor castrador y, simultáneamente, padre simbólico. (Enriquez, 2022, p. 4)

Por otro lado, el imaginario motor permite que los sujetos pongan en juego su imaginación creadora yendo más allá de las reglas imperativas, debido a que según considera Enriquez (2022), “si el imaginario es siempre irreal, es también aquello que fecunda lo real. Sin imaginario, el deseo se detiene, puesto que es prohibido o no puede ni reconocerse como deseo ni encontrar las vías que le permitirían probar realizarse” (p. 4). El imaginario entonces permite la emergencia de la diferencia como contraria a la infinita repetición, es la base de las utopías y de las prácticas sociales innovadoras, como también crea las rupturas que dan lugar a la espontaneidad creadora y al escape de la cotidianidad (Enriquez, 2022). Parece importante destacar la fortaleza de los espacios de organización colectiva y su dimensión imaginaria como posibilitadora de la creación de una fantasmática común, basada en la experiencia con otros, impidiendo que caiga en lo inerte y dando lugar a los sueños y a las posibilidades de cambio que parecen ser imposibles de ver o ejecutar en el contexto de la hiper individualidad arrasadora de la sociedad hipermoderna.

2.3 El agotamiento psíquico en la sociedad del rendimiento

Byung-Chul Han (2010) identifica en la sociedad actual un exceso de positividad, una sobreabundancia de lo idéntico que califica como una forma de violencia. La violencia de la positividad “se despliega precisamente en una sociedad permisiva y pacífica” (Han, 2010, p. 14), al mismo tiempo, esta violencia “no es privativa, sino saturativa; no es exclusiva, sino exhaustiva” (p. 15). La sociedad del siglo XXI es una sociedad del rendimiento, enmarcada desde la positividad del “poder”, en oposición a la negatividad de la “prohibición” que regía la sociedad disciplinaria teorizada por Foucault. El cambio de paradigma de una sociedad a otra, tiene el fin de maximizar la productividad, estableciendo una continuidad entre el “deber” disciplinario y el “poder” del rendimiento.

Gaulejac en su conferencia “Historias de vida y Sociología Clínica” dictada en Santiago de Chile en el año 1999, menciona que en el desarrollo del individualismo característico de la sociedad actual:

el Yo de cada individuo se ha vuelto su principal carga [...] con el desarrollo del capitalismo, el Yo de cada individuo se ha vuelto un capital que hay que hacer fructífero: tenga un buen desempeño, sea eficiente, sea rentable, sea productivo, sea excelente. (p. 3)

Hoy cada sujeto debe devenir sí mismo, luchar por tener un lugar en la sociedad, volverse autónomo y construirse a sí mismo en un contexto de liberalismo salvaje que promueve la competencia, el mérito individual y la carrera por el éxito.

Han (2010) entiende la explosión de la depresión como una expresión patológica del cansancio que proviene tanto del fracaso de este devenir de sí mismo, como del imperativo exhaustante por el rendimiento. El sujeto está sometido a su propia persona, no existe una visible coacción externa, produciéndose una autoexplotación. ¿Qué hace que este método de explotación sea más eficaz que otros? El sentimiento de libertad del que viene acompañado y la idea de que el sujeto es dueño de sí mismo.

La depresión surge de un “no poder poder más” en el contexto de una sociedad que parte de la premisa de que “nada es imposible”. Dicha concepción de la patología suprime su multideterminación y se convierte en la mera consecuencia del fracaso individual de aquel que ya no puede, auto culpabilizando a los sujetos.

Gaulejac (2019) propone la existencia de una sociedad paradójica, donde se le plantea a los trabajadores, transformarse en los propios patrones de sí mismos, autoexplotándose de mayor manera incluso que los trabajadores más explotados. Poder trabajar 24 horas todos los días es la alienación máxima, sin embargo esta se confunde con la idea de autonomía laboral. No hay diferencia entre la frontera del trabajo y el no trabajo, uno puede trabajar desde su casa si así lo desea. El éxito social parece no depender más que de cada uno mismo, dejando de lado las determinaciones sociales, alcanza con estar motivados, flexibles, adaptables y movibles. “Si no sos un ganador sos un perdedor”, y si uno es un perdedor, uno mismo es el responsable. Hay discursos que dicen que la causa del desempleo es el desempleado, que no ha hecho todo lo que tenía que hacer para encontrar trabajo y se lo culpabiliza. Entonces se dirige al médico y a las ciencias psi, para “curarlo” con fármacos porque algo no está bien con él, se medicaliza y psicologiza el problema, ocultando la causalidad socioeconómica del síntoma, despolitizando el problema.

-Caso 27: El paciente “se siente aislado, “el perfecto perdedor, derrotado por la vida, el que no pudo dar con la talla”. El consultante muestra una permanente devaluación de sí mismo, “el problema soy yo”.”

Es una forma de sociedad expulsiva para con “el perdedor” al que se lo define por una identidad negativa, una falta, una carencia que penetra en el autoestima y en la forma de construcción de sí mismo. Se señala una supuesta incapacidad del sujeto, dejando de lado la complejidad y contextualización de la situación socioeconómica en la que se inserta, promoviendo un peligroso reduccionismo. Sería deseable ayudar a las personas a comprender que los conflictos que están viviendo son la consecuencia de modos de organización del trabajo paradójales. La Sociología Clínica permite analizar la génesis social de los conflictos psíquicos.

Gaulejac (2013) teoriza al respecto del sentimiento de inferioridad, como producto de un “defecto constitucional” como explica Adler, o de una diferenciación social. En el paciente del Caso 27, si bien no conocemos en profundidad su historia de vida, podemos identificar este sentimiento de inferioridad según la lógica de la dominación social y del poder. Para comprender esto de mejor forma, retomamos al autor Gaulejac (2013) quien explica “la guerra por los lugares” que de cierta forma reemplaza la lucha de clases. En el mundo industrial, la movilidad social era casi imposible en la mayoría de los casos, sin embargo en la sociedad actual se ha vuelto la norma. Cada individuo, independientemente de su origen, debe hacerse un lugar en el mundo; esta movilidad que parece fomentar la libertad de elección y las posibilidades de cambio, trae consigo también inseguridad, miedo y exclusión a todos aquellos que no logren el objetivo de la “realización personal” (Gaulejac, 2013). Igualmente, la guerra de lugares sigue fuertemente influenciada por la permanencia de clases sociales, particularmente manifestada en aquellos individuos “desplazados”, donde persisten las históricas dominaciones de unos sobre otros. “Estas relaciones de poder se expresan a través de procesos de oposición, invalidación, de sumisión o de rechazo, que influyen la personalidad de los individuos que componen estos diversos grupos” (Gaulejac, 2013, p. 17). Así entonces se ponen de manifiesto los efectos psicológicos de estos procesos que pueden llevar en este caso a la devaluación de sí mismo y al sentimiento de inferioridad, identificándose con el término de “perdedor” que fue “derrotado por la vida”. Se devela la relación entre sociología y psicoanálisis, sobre la génesis social de los conflictos psíquicos, en particular del sentimiento de inferioridad.

2.4 La sociedad positiva: Repetición sin creación.

La extrema positivización de la sociedad es la que considera a la angustia, al dolor, al miedo y al agotamiento como negatividades a eliminar, en tanto se consideran obstáculos para el sujeto del poder.

“El exceso de positividad se manifiesta, asimismo, como un exceso de estímulos, informaciones e impulsos” (Han, 2010, p. 21). El aumento exponencial del acceso a la información y a la comunicación, no permite por sí solo el esclarecimiento del mundo, por el contrario, este se vuelve más intrincado (Han, 2012). Se produce inevitablemente entonces un cambio en la estructura de la capacidad de atención humana. Esta constante afluencia de estímulos de todo tipo, logra paradójicamente, que los aparatos psíquicos de los sujetos hipermodernos posean poca fuerza para ligar e integrar estos contenidos representacionales. La vida contemplativa que requiere una atención profunda, prolongada y reflexiva, es totalmente sustituida por una vida hiperactiva que funciona a partir de una hiperatención dispersa y acelerada.

No hay posibilidad alguna de aburrimiento, en tanto se entiende como una negatividad que impide la producción y su rapidez. Así la vida pierde toda capacidad de ocio, de contemplación y de creación, en tanto la pura agitación solamente invita a la reproducción de lo mismo, nos inundamos en nuestros sí mismos ensanchando un ego que pierde la capacidad y el don de la escucha, aislando aún más a los individuos de la sociedad.

-Con (Caso 49): “Estoy haciendo algunas materias en el liceo nocturno, terminé un curso que estaba haciendo y ahora tengo mucho tiempo libre, la cabeza me trabaja mucho. Estoy demasiado tranquilo. Antes hacía yoga pero dejé porque no podía pagarla más, también dejé de hacer ejercicio porque me desgarré. Estoy solo con mi mente. Cuando estaba solo era cuando más aparecían los problemas.”

[...]

“Paso mucho tiempo en casa, no por deprimido, yo trabajo, me fijo mis metas.”

En el primer fragmento de relato podemos constatar el peso negativo con el que el consultante refiere a su tiempo libre, existiendo una cierta intolerancia al aburrimiento y una inquietud por realizar diferentes actividades para no estar solo con su mente. La contemplación anteriormente mencionada, permite al sujeto salirse de sí mismo y sumergirse profundamente en otras cosas. Aquí el sujeto parece encerrarse en su mundo, en su cabeza, incluso en su casa. La posibilidad de creación y de movimiento se impide por la connotación negativa que tiene el aburrimiento cómo se expresa en el segundo fragmento. Se interpreta la idea de “pasar tiempo en casa” como un signo de depresión asociada a la falta de producción y rendimiento, al igual que de proyectos o metas a futuro.

La depresión representa para Ehrenberg (2000) una parálisis del movimiento en su aspecto mental, en un mundo donde la iniciativa de los individuos representa el valor de su persona. Además añade que dicha patología constituye “una actitud protectora de retracción que permite sobrevivir al sujeto cuando éste ya no dispone la facultad de luchar” (p. 201). Por tanto, existe para el consultante la necesidad de realizar esta aclaración frente a una sociedad en extremo positiva que mitiga los sentimientos de tristeza y angustia, y realza los valores de acción y rendimiento.

“La vida contemplativa es más activa que cualquier hiperactividad, pues esta última representa precisamente un síntoma del agotamiento espiritual” (Han, 2010, p. 33). Es por esto, que resulta relevante la inactividad y la interrupción como forma de impedir la explotación mortal del ser humano y del mundo que lo acoge. El autor propone entonces que la hiperactividad es paradójicamente una forma pasiva de enfrentarse al mundo ya que impide la capacidad de generar nuevos movimientos.

2.5 La sociedad del dopaje: La invisibilización del dolor psíquico.

La sociedad del rendimiento se convierte poco a poco en “una sociedad del dopaje” según Han (2012), vivimos en un mundo donde se intenta anestesiarse y evitar el dolor además del pensamiento para poder maximizar el rendimiento maquínico. Este último produce un brutal agotamiento violento que se vive aislado. No es un cansancio productor de inspiración, es uno que paraliza y hace sentir al sujeto incapaz. Uno que pone en peligro la sociedad comunitaria, cercana y de la escucha con y para el otro. Han (2012) hipotetiza que es el cansancio profundo aquel que salvará al sujeto de la condena positiva que nos convierte en seres agotados, aislados y uniformes. El mismo se opone a aquel cansancio agotador que incapacita y provoca el burnout del sujeto, favoreciendo la fatiga y el estrés crónico.

Se presenta un siguiente fragmento que ilustra perfectamente lo insoportable del sentir para el sujeto actual y la búsqueda de fármacos para anestesiarse dichos sentimientos.

-Con (Caso 50): “Una noche ya no puedo disfrutar nada, tenía una desesperación, un estado raro, fui a la emergencia para que me empastillaran y no había nadie. Tenía mucho sueño, quería llorar. La ansiedad y angustia están siempre, nunca estoy bien. Lo vengo arrastrando hace mucho tiempo, no quiero pensar, no quiero estar despierta, no lo soporto.”

La medicalización constituye un fenómeno que permite ver la articulación entre la dimensión económica, institucional y la vida cotidiana en los procesos de producción

subjetiva. La patologización y medicalización de los sujetos puede considerarse como un movimiento de deshumanización que promueve la violencia a partir de la invisibilización del sufrimiento a través del uso de fármacos y el diagnóstico de trastornos. Se descualifica el desborde psíquico encubriéndolo con una pastilla para evitar el cuestionamiento de la problemática. El sujeto es transformado en un cuerpo sintomático destinado a encajar en la cadena productiva, siguiendo los valores de eficiencia y rendimiento propuesto por el modelo capitalista. De acuerdo a Muniz (2013) podemos decir que el discurso patologizador se integrará en diversos ámbitos de la vida cotidiana como la escuela, los medios de comunicación, lugares de recreación, etc.

-Con (Caso 47): “Tomé antidepresivos y me dejaron de controlar porque no había turnos. Lo mismo en psicoterapia. Cuando conseguí turnos para todas las semanas la propia psicóloga me dijo que me iba a ver cada dos semanas porque había mucha gente anotada que estaba necesitando atención.”

-Con (Caso 52): “El proceso era medicina general, de hecho, fui 2 veces, hablabas con un médico que no demorabas ni 5 minutos, te preguntaba si tenías intento de autoeliminación que es como lo más grave y luego te da un pase a un comité.”

Dichos fragmentos de entrevista evidencian la sobrecarga que reciben las Instituciones de la Salud actualmente (probablemente potenciada por la creciente demanda de consultas durante el contexto de pandemia donde se sitúan dichas entrevistas) que deja de lado la complejidad y la transversalidad determinante de la situación patogénica. Parecen realizarse diagnósticos rápidos que tampoco tienen en cuenta la globalidad y contextualización del paciente. Se torna pertinente observar la primacía de un discurso medicalizante, reduccionista, individualista y patologizante, además de la histórica condición de subalternidad de la psicología al saber médico. Parece pertinente cuestionarse sobre la carencia de políticas en los niveles primarios de prevención y promoción de salud mental que demuestran los casos aquí mencionados, entendiendo que abordar tanto los determinantes estructurales como los individuales, es la estrategia más eficaz en la promoción de salud y prevención de enfermedad. Promover la salud significa educar con el objetivo de fomentar una mejor calidad de vida en la población. Este planteo se puede considerar como una estrategia social, política y cultural, que por supuesto difiere del discurso medicalizante que le es más funcional al mercado.

2.6 Paliar el dolor para no sentir

El miedo irracional al dolor tiene el nombre de “algofobia”, y es para Han (2021) la relación imperante que tiene la sociedad contemporánea con el dolor. La tolerancia al mismo disminuye, se intenta escapar de él constantemente, lo que promueve una “anestesia permanente” (Han, 2021, p.11). Esta fobia se extiende al ámbito social y político, evitando la confrontación, la crítica y los conflictos, vistos como formas de negatividad en una sociedad de la positividad.

La psicología como disciplina acompaña este cambio de paradigma a través de la psicología positiva, apostando por la felicidad y el optimismo, sustituyendo las ideas negativas por las positivas. Han (2021) postula que esta rama psicológica utiliza el dolor desde una lógica del rendimiento de la sociedad neoliberal, donde la resiliencia es el motor para continuar rindiendo en el dolor. La promesa de felicidad es acompañada por el uso de medicamentos paliativos que se administran a la población sana general. Dicha práctica psicológica es llevada adelante por muy pocos profesionales en nuestro país, sin embargo su crecimiento a nivel de producción escrita y formativa va en aumento a nivel mundial.

En la sociedad del rendimiento, el dolor es la pura expresión de la negatividad, por consiguiente es percibido como debilidad en tanto implica una interrupción. De esta forma será silenciado y se le impedirá cualquier forma de expresión, teniendo en cuenta que esta última opera como catarsis y es necesaria para la liberación del sujeto sometido a la complacencia mortal.

Foucault en su texto “Vigilar y Castigar” (1989), escribe que en la sociedad disciplinaria el dolor se aplica de forma más discreta con lo que respecta a la sociedad pre-moderna. Existe una “cierta discreción en el arte de hacer sufrir, un juego de dolores más sutiles, más silenciosos, y despojados de su fasto visible” (Foucault, 1989, p. 15). Desaparece el espectáculo punitivo, el castigo físico se oculta como una acción que repite la violencia. Sin embargo, por más “duros” o “suaves” que resulten los métodos de punición, siempre es el cuerpo el que está en medio, en tanto está inmerso dentro de un campo político y económico, atravesado por relaciones de poder y dominación.

Para Han (2021), el dolor disciplinario es formativo para el sujeto de producción, se encarna en él en forma de prohibiciones y obligaciones a cumplir. Sin embargo se hacen en un plano privado, en Instituciones disciplinarias cerradas, como la cárcel, el cuartel, las fábricas, los manicomios y escuelas. Por el contrario, el dolor en la sociedad de la positividad es totalmente rechazado, imponiéndose la autooptimización y la autorrealización como forma de sumisión atractiva que convierte al sujeto en víctima y verdugo a la vez.

El dolor se desvincula del poder y del dominio, despolitizándose y transformándose en un asunto médico. De allí surge otro peligro alarmante, si el dolor se despolitiza y se privatiza, entonces su causante es el propio fracaso del sujeto que no logra rendir lo esperado. Así los hombres se dividen, se aíslan y se gesta una pérdida de solidaridad con el otro. El dolor pierde su sentido al medicalizarse, es un mal al que se combate con fármacos, es una afección meramente corporal.

El psicoanálisis entiende al dolor como una experiencia fundamental de la existencia humana, como forma de expresión con un sentido estrecho de acuerdo a las vivencias del sujeto. Nasio (2007) expresa que “en sí, el dolor no tiene ningún valor ni significación. Está allí hecho de carne o piedra y, sin embargo, para aliviarlo debemos tomarlo como expresión de otra cosa, desprenderlo de lo real y transformarlo en símbolo [...]” (p. 21). Debe ser otorgado un valor y un símbolo al dolor. El hacerlo soportable o al menos el intento de esto, refiere a la importancia de la interpretación de su causa, no como forma de consolarlo o anestesiario, sino por el contrario, para darle sentido y de esta manera ser capaz de elaborarlo.

En la sociedad positiva se le sustrae al dolor su calidad subjetiva, cultural y social, careciendo de sentido y de narración al igual que la vida. Por eso es que en la hipermodernidad, podemos considerar la función de interpretar como un acto revolucionario, en tanto se le brinda al paciente la oportunidad de escucharse, pensarse y empoderarse de lo que le pasa, al mismo tiempo que la terapia psicoanalítica le otorga un tiempo y espacio para compartir su sufrimiento que es tan individualizado y privatizado en la época actual.

El neoliberalismo se encarga de que a través del velo de la libertad, seamos nosotros quienes nos vigilemos propiamente, consiguiendo que el sufrimiento se privatice, y evitando que éste sea objeto de crítica social. La determinación social del dolor se invisibiliza para darle paso a la medicalización anestésica tanto del sujeto como de la sociedad. La imposibilidad de expresar el sufrimiento, anula toda expresión de la verdad. “Los dolores crónicos que podrían interpretarse como síntomas patológicos de la sociedad del cansancio no lanzan ninguna protesta” (Han, 2021, p. 26). Es un cansancio del yo, un sufrimiento que no se colectiviza y no propone un cambio social.

-Caso 16: “El paciente refiere en un principio que su motivo de consulta es por frecuentes episodios de estrés relacionados con su actividad laboral, el cual le genera problemas gástricos que no indican origen orgánico y también cuenta que en una ocasión sufrió un desmayo sin causa aparente”.

De igual forma, la paciente del Caso 48 anteriormente mencionada que vivía en un estado de ansiedad constante que lo manifestaba a través de su excesiva alimentación, cuando concurre al endocrinólogo del cuál es derivada a la entrevista de recepción, expresa:

-Con (Caso 48): “Ahora viendo al endocrinólogo es que él me dice que nuevamente consultara porque empezó a hablar conmigo y me dice “capaz es algo emocional” y yo “sí, puede ser, yo tengo muchos conflictos”.”

Ya en 1888 cuando Freud quiso explicar desde su formación neurológica la histeria, se percató que el aparato neuronal no era la causa de los fenómenos observados. Mencionaba que en dicha patología “no se han hallado alteraciones [anatómicas] perceptibles del sistema nervioso” (Freud, 1888, p. 45). Agrega que

un carácter, importante en extremo, de las afecciones histéricas es que de ningún modo ofrecen un reflejo de la constelación anatómica del sistema nervioso. Se puede decir que, acerca de la doctrina sobre la estructura del sistema nervioso, la histeria ignora tanto como nosotros mismos antes que la conociéramos. (Freud, 1888, p. 53)

Posteriormente, junto a Breuer publican su “Comunicación preliminar” donde postulan que los síntomas histéricos eran una expresión simbólica de recuerdos inconscientes o parcialmente conscientes que contenían una gran carga afectiva y fueron posteriormente reprimidos. Concluyendo entonces que la etiología de la histeria es de orden psíquico, poniendo la mirada en la historia y singularidad del sujeto.

Freud añade: “Así, para tomar el ejemplo más trivial: un afecto dolorido, generado en el curso de una comida, pero sofocado, produce luego náuseas y vómitos, y estos últimos duran meses como vómitos histéricos” (Freud, 1893/1992, p. 30). Se destaca la importancia de este hallazgo que repercute hasta el día de hoy, cuando los síntomas físicos son invisibilizados o silenciados al no ser encontradas causas “físicas” que demuestren su veracidad, cuando en verdad se relacionan con el orden subjetivo y representativo de cada sujeto.

Si seguimos en esta línea, según la psicoanalista Dolto (1984) podríamos pensar que aquellos dolores o sufrimientos crónicos de los que habla Han (2021), se traducen en trastornos psicósomáticos como:

Afecciones funcionales del cuerpo que no se deben a causas orgánicas: no hay infección, no hay en un principio trastornos lesionales; no hay trastornos neurológicos; y, sin embargo, el individuo padece un desarreglo de su salud, sufre. Su cuerpo está enfermo, pero el origen de su desorden funcional fisiológico es un desorden inconsciente psicológico (p. 279).

Ambos consultantes “descargan” su sufrimiento psicológico a través del cuerpo, un cuerpo que no debe ser opuesto al concepto de mente (que propone la separación cartesiana) y que no puede ser pensado por fuera del contexto social y cultural, entendiendo que no existe ninguna manifestación en el proceso de salud-enfermedad que no implique factores psicológicos en su etiología, evolución o desenlace. Es sumamente importante comprender a los sujetos de forma integral, y al proceso de salud-enfermedad de forma holística, como dependiente del tiempo socio-histórico-cultural. Por tanto, en una sociedad hipermoderna, no sorprende la explosión de “enfermedades crónicas” sin “origen orgánico aparente”; en tanto el dolor parece no tener vía de expresión y carece de sentido, además de no contar tampoco con un profundo análisis que colectivice el sufrimiento vivido individualmente.

2.7 Lo no enunciado

El siguiente apartado consta de temáticas sumamente relevantes, que sobrevolaban el ambiente del contexto sociohistórico donde se ubican las entrevistas de recepción utilizadas en el presente Trabajo Final de Grado, que sin embargo no llegaron a traducirse en narrativas concretas de sujetos particulares. Aquello que no logró ser enunciado, por lo menos en un plano explícito.

En su reciente ensayo, Han (2021) expresa como la pandemia de COVID-19 remueve los miedos más primitivos de nuestras sociedades como son el dolor y la muerte, que siempre estuvieron y estarán presentes, pero en este caso se expresan de forma más expuesta que nunca. ¿Qué ocurre cuando estos miedos nos bombardean? ¿Y qué características enuncian de nuestra sociedad actual?

No vivo, sobrevivo.

La algofobia tiene su espíritu en la tanatofobia. “El dolor es la muerte en pequeño. La muerte es el dolor en grande” (Heidegger citado en Han, 2021, p. 71). La pandemia vuelve a exponer la muerte y la finitud de los humanos, una muerte que parecía paradójicamente

haber sido enterrada. Los medios de comunicación bombardean nuestra vida cotidiana con información acerca de un virus que nos ha declarado la guerra, invadiéndonos un terror inminente. “La sociedad paliativa resulta ser una sociedad de la supervivencia” (Han, 2021, p. 29) en tanto la salud y la prolongación de la vida resultan los fines últimos del sujeto, que sacrifica incluso el disfrute de esa vida que tanto desea proteger.

La cuarentena propulsó el encierro para la supervivencia. Esta última refleja el vaciamiento vital del que carece la vida actual. Se demuestra despojada de toda narrativa y por tanto de todo sentido, convirtiéndose en una función medible y numerable (Han, 2021). Dicho autor plantea que una sociedad que vive para la supervivencia es una sociedad de muertos vivientes. “Somos demasiado vitales para morir y estamos demasiado muertos como para vivir” (Han, 2021, p. 32). Una vida sin dolor y muerte ya no es vida humana.

Anestesia existencial.

Han (2021) nos habla de la existencia de una hipersensibilidad e hiperatención a nuestro propio cuerpo, una “introspección narcisista e hipocondríaca” que deriva en parte de la algofobia, la bajísima tolerancia al dolor.

Por más que el dolor quiera ser sepultado con medicamentos, éste jamás desaparecerá de la vida del humano, como menciona Han (2021), podrá cambiar su forma de manifestación. El aislamiento anteriormente mencionado, que produce falta de empatía y anula el sentimiento de comunidad, contribuyen a amplificar el dolor individual, dejando de lado la necesidad del contacto con el otro para lograr una curación. Nuevamente las causas socio-culturales y la multideterminación del dolor se vuelven puntos ciegos para la sociedad contemporánea.

Este rechazo a sentir dolor se relaciona con la imposibilidad de generar vínculos, de establecer diferencias con los demás. Su negatividad rompe con el infierno de lo igual, permite el despliegue de la imaginación y promueve los procesos reflexivos para realizar transformaciones (Han, 2021). El dolor nos recuerda nuestra propia existencia. Por tanto, en un mundo anestesiado, los sujetos buscarán estímulos cada vez más extremos para sentir que estamos vivos (drogas, violencia, autolesiones, etc).

La pandemia hace espejo de la visión del otro como objeto que tiene la sociedad paliativa, cuándo la vida se cosifica, se transforma en números de víctimas o de muertes, el dolor del otro se vuelve tan lejano que se pierde toda empatía. La pandemia también revela la cercanía con la que se llega a “un régimen biopolítico de control policial” (Han, 2021, p.

86). La vigilancia se vuelve constante y totalitaria en un mundo tecnológico y digital para el cual nos desnudamos de forma “consciente”. Así nuevamente se disfraza la dominación bajo el nombre de libertad.

3. Repercusiones en la clínica del sufrimiento psíquico dentro del contexto hipermoderno

Para Fainstein (2013), el sufrimiento humano siguiendo el pensamiento freudiano, se encuentra “en las fuerzas de la naturaleza, en la fragilidad del propio cuerpo y en las relaciones con los otros en tanto que las normas que las regulan son siempre insuficientes” (p. 27), incluyendo la familia, Estado, sociedad y sus instituciones. Depende de cada sujeto y de sus series complementarias (factores constitucionales, historia infantil y el tipo de factores desencadenantes), la manera en que el sufrimiento va a tomar forma y será capaz de expresarse. El sufrimiento enuncia un componente subjetivo a través de un dolor físico o psíquico. Las condiciones epocales ante un fenómeno disruptivo, pueden favorecer el procesamiento simbólico o favorecer la experiencia traumática, siendo algunos ejemplos que inciden en el sufrimiento humano actual: la aceleración de los tiempos, la medicalización del sufrimiento, el predominio de la imagen sobre la palabra, la caída de las instituciones, el desdibujamiento de los roles parentales, las crisis económicas y el desempleo o sobre-empleo.

Muchas formas de dicho sufrimiento contemporáneo, tales como la ansiedad, depresión, angustia, etc, se rigen por la imposibilidad de procesamiento simbólico de los estímulos, y también por la carencia de referentes simbólicos con quien procesarlos. Han (2021) respecto a esto menciona que si la sociedad paliativa quiere ocultar o anestesiar el dolor, este se expresará a través de la mudez fuera del sistema simbólico y con carencia de sentido. En el intento por seguir rindiendo y produciendo, la sobrecarga será una forma de dolor autoinfligido por el sujeto a sí mismo, lo que puede convertirse en un sufrimiento psíquico inaguantable.

La contención de un otro es imprescindible, en tanto puede ser causante de bienestar cuando la presencia es activa o de malestar si se presenta de forma intrusiva o indiferente. El contexto social y sus legalidades conforman también un espacio simbólico social que tanto promueve el sufrimiento, como otorga continencia.

Fainstein (2013) plantea que si la carga de excitación no encuentra un soporte representacional, aparecen como alternativas las descargas en el cuerpo o en la acción. En referencia a esto, Lipovetsky (2006) menciona que los comportamientos extremos parecen

pulular en mayor medida: el hiperconsumismo, el consumo de drogas, los deportes extremos, las adicciones, las autolesiones, las anorexias y las obesidades, etc. ¿Se puede decir que los individuos de la sociedad hipermoderna cuentan con esa contención? ¿Cuál sería la cualidad de dicha contención en la presencia activa para que sirva de soporte representacional?

Muniz (2013) identifica que los adultos temen el vértigo social, el ser excluidos, detenerse en un mundo que demanda un continuo movimiento de producción, temen no poder generar un compromiso afectivo, alejándose de los sujetos y acercándose a los objetos. Los padres tienen miedo de no ser buenos padres, que sus hijos fracasen sobre los mandatos de la época, debilitándose las figuras parentales seguras, contenedoras y permanentes. Esto va de la mano con la caída de ciertos paradigmas culturales como del Estado protector y roles parentales establecidos, que favorecen la sensación de desamparo frente a situaciones traumáticas. El quiebre de las Instituciones provoca que las mismas dejen de cumplir las funciones para las que fueron creadas, así dejan de sostener a las familias, para reproducir la violencia social en la violencia institucional. Podemos decir entonces, que quien debe regular no regula, dando pase libre al goce infinito, invitando al capitalismo para que nos ofrezca sus productos que parecen conceder la felicidad absoluta. “Si se tiene ese objeto del mercado, ya no hace falta el Otro. El sujeto adicto al objeto, porque el objeto se ha elevado, como dice Lacan (2012a), al cenit social” (Balzarini, 2021, p. 3). Sin embargo debemos recordar que estos objetos son descartables, provocando en el sujeto angustia y soledad, porque tenerlo todo es tener nada, si no hay falta no hay deseo, y si no hay deseo no hay motor de vida.

Dentro de esta complejidad encontramos las características epocales contemporáneas de la sociedad hipermoderna; como la creciente individualización, los tiempos acelerados, la competencia despiadada, las exigencias del rendimiento, la desintegración social, la despolitización del sufrimiento, la medicalización de la vida cotidiana, la objetivación del sujeto y las crisis económicas y laborales. Por tanto, podemos concluir que las características societales aparentan dejar suficientemente claro que el individuo está bastante solo y alejado dentro la sociedad y que los vínculos son en su mayor parte frágiles y efímeros. En un mundo hiper individualizado, hiper narcisista y que exige el rendimiento máximo en todo momento, se cuestiona cuál será la verdadera disponibilidad psíquica con la que cuenta el sujeto para acoger al otro y aportar la estabilidad y contención que escasean en la hipermodernidad.

Los planteos y cuestionamientos realizados a lo largo del trabajo, lejos de buscar respuestas absolutas, invitan a abrir un camino de reflexión sobre las tensiones existentes entre el momento socio-histórico-cultural y las nuevas formas de subjetividad hipermodernas contemporáneas, que desafía al mismo tiempo las formas de pensar y pensarse que tiene el psicoanálisis actualmente. Para ello es importante seguir el ejercicio practicado por Freud, donde se permitía elaborar estructuras teóricas nunca absolutamente hechas, donde la emergencia de nuevos contextos socio-históricos, formas de encuentro y relacionamiento, pudiesen dar paso a la búsqueda de nuevos modos. De esta forma y como menciona Enriquez (2022), parece indispensable generar fortaleza en los espacios de organización colectiva y su imaginario, capaces de abrir encuentros novedosos, creativos y soñadores. Porque así como pensamos al psicoanálisis como disciplina en constante construcción, también puede hacérselo a la hipermodernidad, que aún no ha dicho su última palabra, por lo que se invita a seguir cuestionándola y escuchándola por medio de los sujetos y sus narrativas concretas que tanto tienen para enunciar sobre el presente situado.

4. Aportes a la reflexión de la articulación entre el contexto sociohistórico y la práctica clínica psicoanalítica

Dadas las conclusiones sobre la interacción de los sufrimientos psíquicos contemporáneos con el contexto hipermoderno y sintetizando los discursos analizados teóricamente, por último, resulta convocante pensar no a modo de cierre, sino como forma de apertura reflexiva, la manera en que la clínica psicoanalítica se ve desafiada e interpelada por la inmensa complejidad que presentan las demandas de los sujetos hipermodernos.

Se han expuesto en el desarrollo, diferentes narrativas de sujetos que experimentan un sufrimiento psíquico dentro del contexto contemporáneo, violentados por la aceleración exacerbada de los tiempos que impiden el procesamiento simbólico del dolor, que a pesar de querer ser anestesiado éste grita a través del silencio. Como también se ha mencionado a lo largo del presente ensayo, el tiempo actual es gobernado por una lógica del mercado en donde la temporalidad ya no se rige ni por el reloj. Nos vemos arrastrados por una inmediatez absoluta que domina todas las esferas de nuestra vida, desde el goce, el rendimiento y el trabajo hasta la alimentación o el entretenimiento. Nuestra sociedad parece orientarse hacia el presente, debilitando pero sin deshacerse de las conexiones con los ejes temporales pasados y futuros. No sabemos qué queremos pero lo queremos ya.

En los relatos seleccionados de los sujetos participantes de las diferentes entrevistas de recepción en las que se enmarcan, se refleja dicha vivencia del presente como temporalidad dominante, aludiendo a la velocidad y exigencia del mismo, produciendo malestar. Parece relevante contextualizar la práctica de recepción para comprender el marco donde se producen dichas narrativas.

La entrevista de recepción es definida por Tortorella (2007) como “una modalidad de intervención psicológica que integra la recepción y resolución de la consulta en un único encuentro” (p. 69). Implica una rápida y breve modalidad de atención, que hace que el paciente pueda disminuir sus ansiedades y angustias debido a que la recepción actúa como espacio de contención y nexo vincular, que promueve la toma en cuenta de las recomendaciones y orientaciones hechas por el psicólogo. Es por esto, que se la puede caracterizar como una herramienta de carácter preventivo y promotora de salud mental, y allí radica su importancia en los tiempos hipermodernos.

Cada entrevista de recepción debe ser pensada según el contexto histórico, social, institucional, teórico, etc. Posibilita tomar en cuenta las diversas subjetividades, acogiendo al otro y permitiendo un primer alivio de las ansiedades y angustias ante la escucha y orientación del psicólogo, promoviendo un momento de pausa y reflexión ante un mundo que exige velocidad y respuestas inmediatas.

Se considera un desafío trabajar con sujetos acelerados en un espacio de encuentro que requiere paciencia, reflexión y pausa. Freud (1986b) ya en 1937, en su trabajo “Análisis terminable e interminable” compartía esta reflexión:

La experiencia nos ha enseñado que la terapia psicoanalítica, o sea, el librar a un ser humano de sus síntomas neuróticos, de sus inhibiciones y anormalidades de carácter, es un trabajo largo. Por eso desde el comienzo mismo se emprendieron intentos de abreviar la duración de los análisis. Tales empeños no necesitaban ser justificados: podían invocar los móviles más razonables y acordes al fin. Pero es probable que obrara en ellos todavía un resto de aquel impaciente menosprecio con que en un período anterior de la medicina se abordaban las neurosis, como unos resultados ociosos de daños invisibles (p. 219).

Y agregaba en otro de sus escritos:

Nadie esperarí­a que se pudiera levantar con dos dedos una mesa pesada [...] no obstante, tan pronto como se trata de las neurosis, que por el momento no parecen todavía

insertas en la trama del pensar humano, aún personas inteligentes olvidan la necesaria proporcionalidad entre tiempo, trabajo y resultado (Freud, 1986a, p. 130).

Villar (2016) menciona que “los psicoanalistas se enfrentan al dilema de posicionarse con su saber frente a un mercado de promesas de cura inmediata con el cual no es fácil competir” (párr. 13). La resistencia a la duración prolongada del psicoanálisis tiene estrecha relación con la vivencia inmediata que se mencionaba anteriormente. Tanto Han (2010) como Lipovetsky (2006) aludían a otro tipo de resistencia relacionada al exceso de positividad de la sociedad hipermoderna, la cual es la carencia de un lugar para el dolor y la búsqueda inmediata para anestesiarlo. Este último autor menciona explícitamente cómo los sujetos de la hipermodernidad buscan el encuentro con una “comodidad existencial” y tienen “exigencias de sensaciones agradables” (Lipovetsky, 2006, p. 96).

Ante estas condiciones resulta muy complejo el trabajo para procesar el dolor, e incluso el psicoanálisis parece ir en sentido contrario a la búsqueda de anestesiarlo, aludiendo a que el alivio del sufrimiento requiere inevitablemente de la aparición de la angustia y un trabajo de reelaboración de la misma, que implica un movimiento constante con altas y bajas desplegado a lo largo del tiempo en una relación transferencial (Villar, 2016). Este largo y arduo trayecto resulta un enorme desafío actual en la era de la hipermodernidad.

Villar (2016) plantea entonces al psicoanálisis como una propuesta terapéutica alternativa dentro de un mundo que le rinde culto a la inmediatez, a la eficiencia, al rendimiento, a lo superficial y a la huida frente al dolor. Implica una oferta de pausa, escucha y contención a estos sujetos acelerados, expuestos a una constante violencia, desprotección y vertiginosidad inherente a nuestras sociedades, y a los tiempos inciertos que corren.

Dentro del psicoanálisis, la singularidad de cada sujeto individual o colectivo es tan propia y contextual que se abre paso la necesidad de realizar un trabajo “artesanal” (Arévalo, 2021) con cada uno, siendo imposible estandarizar o rigidizar las intervenciones sin recurrir a la mera repetición. Esto permite pensarse y promover la oportunidad de construir una manera propia de ser y estar en el mundo. Se interpreta la singularidad como una potencia revolucionaria que busca escapar de la normalidad y del lugar común; “singular tanto por lo que allí se dice, como por la posición desde la que se escucha” (Arévalo, 2021, p. 50).

Queda en evidencia lo fundamental de darle lugar a la novedad, a lo imprevisible y a la incertidumbre como instancias propias del cambio, propulsores de movimiento, crecimiento y creación. Se espera entonces, que este ensayo sea al menos un pequeño

aporte a la discusión sobre los nuevos desafíos a los que se enfrenta la clínica psicoanalítica que tiene una trayectoria extensa, y que ha implicado e implica actualmente la realización de movimientos novedosos que se aggiornen a los contextos socio-histórico-culturales de cada época.

Referencias bibliográficas

- Araújo, A. (2013). Todos los tiempos, el tiempo. Montevideo: Psicolibros Universitario.
- Arévalo, C. (2021). A modo de balbuceo. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 2(2), 47-62. Doi: doi.org/10.53693/ERPPA/2.2.3.
- Balzarini, M. (2021). Clínica de los síntomas hipermodernos. *Revista Digital Escritos de Posgrado*, (4), 1-8.
- Bauman, Z. (2004) Modernidad Líquida. Barcelona: Ed. Paidós.
- Dolto, F. (1984). La imagen inconsciente del cuerpo. Barcelona: Paidós.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión. Pp. 199-228.
- Enriquez, E (2022). Análisis e intervención en procesos relacionales e institucionales. Textos Escogidos de Eugene Enriquez Ed. AUDE Buenos Aires.
- Fainstein, A. (2013) Formas actuales del sufrimiento. En: Lerner, H. (comp.) (2013) *Los sufrimientos*. Buenos Aires : Psicolibro Ediciones
- Foucault, M. [1976] (2007). *Derecho de muerte y poder sobre la vida*. En: Historia de la sexualidad. La voluntad de saber. Vol. 1. (pp. 161-194). México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1989). Vigilar y castigar; nacimiento de la prisión (16a. ed.).
- Freud, S. (1888). *Histeria*. Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, vol. I.
- Freud, S. (1896). "La etiología de la histeria" en Obras Completas, Tomo III. Buenos Aires, Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1986a). *Obras completas: Vol. 12. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986b). *Obras completas: Vol. 23. Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar* (Breuer y Freud). Obras completas (Vol. 2, pp. 29-43) Buenos Aires: Amorrortu.

- Gaulejac, V. (1999). *Historias de vida y Sociología Clínica: Investigación y práctica en las Ciencias Sociales*. Santiago, Chile.
- Gaulejac, V. (2013). *Neurosis de clase. Trayectoria social y conflictos de identidad*. Buenos Aires: Del nuevo extremo.
- Gaulejac, V., Yzaguirre, F. (2018). "Sociología clínica y emancipación del sujeto". En Álvaro Estramiana, J.L. (coord.) *La interacción social. Escritos en homenaje a José Ramón Torregrosa*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 251-270.
- Gaulejac, V. (26 de Noviembre de 2019). "Transformaciones en lo social. Transformaciones en las subjetividades". Montevideo, Uruguay.
- Galende, E. (2013). El impacto de la cultura en la subjetividad de las personas. Disponible en: <https://casamdp.files.wordpress.com/2013/08/galende.pdf>
- González Rey, Fernando L.; Mitjás Martínez, Albertina; Bezerra, Marília; (2016). Psicología en la educación: Implicaciones de la Subjetividad en una perspectiva cultural-histórica. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, Julio-Diciembre, 260-274. <http://www.redalyc.org/pdf/2332/233247620005.pdf>
- Han, B. (2010). *La Sociedad del Cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, B. (2012). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Han, B. (2021). *La sociedad paliativa: El dolor hoy*. Barcelona: Herder.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama. Recuperado de: <https://cursoshistoriavdemexico.files.wordpress.com/2019/07/lipovetsky-gilles-y-sc3a9bastien-charles-los-tiempos-hipermodernos.pdf>
- Muniz, A. (2013) *Abordajes clínicos de las problemáticas actuales en la infancia*. Rev. Psicología, Conocimiento y Sociedad 3(2), 135-154 (Noviembre 2013). Revisiones. Disponible en: <https://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/165>
- Nasio, J. (2007). *El dolor de amar*. Barcelona: Gedisa
- Tabó, J. (et al) (2007) *Entrevista. Devenires de la Clínica*. Montevideo: Psicolibros.
- Tortorella, A. (2007). *Entrevista de devolución, orientación y cierre*. En Tabó, J. *Entrevista. Devenires de la clínica*. Montevideo: Psicolibros.

Villar Boulosa, P. (2016). El psicoanálisis como alternativa en la hipermodernidad. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 6(2). http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-702620160002000

13